

La posteridad de la continuidad suareciana entre abstracción-precisiva y contracción de la misma «ratio»: lo claro y lo confuso en la psicología empírica de tradición leibniziana-wolffiana.

R. Descartes, *Los principios de la filosofía*, libro I, §§ 45-46, Alianza, pp. 48-49:

«§ 45. *Qué es una percepción clara y distinta.*

Algunas personas no llegan a conocer nada, incluso a lo largo de toda su vida, tal y como es preciso para juzgar rectamente. El conocimiento sobre el que se desea establecer un juicio indubitable, no sólo debe ser claro, sino que también debe ser distinto. Entiendo que es claro aquel conocimiento que es presente y manifiesto a un espíritu atento, tal y como decimos que vemos claramente los objetos cuando, estando ante nosotros, actúan con bastante fuerza y nuestros ojos están dispuestos a mirarlos. Es distinto aquel conocimiento que es en modo tal separado y distinto de todos los otros que sólo comprende en sí lo que manifiestamente aparece a *quien lo considera como es preciso*».

§ 46. *Una percepción puede ser clara y no ser distinta; ahora bien, no puede darse lo contrario.*

Por ejemplo, mientras que alguien siente un dolor agudo, el conocimiento que del mismo posee es claro para este sujeto y no es siempre, por ello, distinto porque, por lo general, confunde este conocimiento con el *falso* juicio que hace sobre la naturaleza de lo que estima que es en la parte herida y que considera que es semejante a *la idea* o a la sensación del dolor que está en su pensamiento, aunque sólo perciba claramente la sensación o el *pensamiento confuso que posee*. Así pues, el conocimiento puede ser claro sin ser distinto, pero no puede ser distinto sin que, *por la misma razón*, sea claro».

G.W. Leibniz, *Meditationes de cognitione, veritate et ideis*, *Philos. Schr.*, VI, p. 422-423:

«*Oscura* es una noción insuficiente para dar a conocer la cosa que se representa, como cuando me acuerdo de alguna flor o de algún animal que he visto una vez, pero aún no lo suficiente para poderlo reconocer cuando me encuentre en presencia de él ni para distinguirlo de algo otro que se le parezca; o bien, si considero algún término poco explicado por las escuelas, como la *entelecheia* de Aristóteles, o la causa como término común para designar la causa material, la formal, la eficiente y la final, u otras cosas del mismo tipo, de las que no tenemos ninguna definición certera. Por ello, resulta oscura también la proposición en la que interviene una noción tal. Un conocimiento es *claro*, por tanto, cuando lo poseo de manera tal que puedo reconocer la cosa representada; y éste resulta, a su vez, confuso o distinto. Un conocimiento es *confuso* cuando no puedo enumerar una por una las notas suficientes para distinguir una cosa de otras, a pesar de que la cosa tenga en realidad tales notas y requisitos en los que pueda resolverse su noción. Así, nosotros conocemos de modo suficientemente claro colores, sabores, olores, y otros objetos particulares de los sentidos, y distinguimos unos de otros, pero por el mero testimonio de los sentidos, no, en verdad, mediante notas que puedan ser expresadas».

G.W. Leibniz, *Nuevos ensayos sobre el conocimiento humano*, libro II «Sobre las ideas», cap. XXIX «Sobre las ideas claras y oscuras, distintas y confusas», Alianza, pp. 291 ss.:

«*Teófilo*. —En un pequeño discurso sobre las ideas, verdaderas y falsas, claras y oscuras, distintas y confusas, que apareció en las actas de Leipzig del año 1684 (*vd. supra*), di una definición de las *ideas claras*, común para las simples y las compuestas, que explicaba lo que aquí se ha dicho. Afirmino, pues, que una idea es *clara* cuando basta para reconocer una cosa y para distinguirla: como cuando tengo una idea clara sobre un color, entonces no lo confundiré con otros, y si tengo una idea clara de una planta podré distinguirla entre otras que estén próximas; sin eso *la idea es oscura*. Pienso que sobre las cosas sensibles apenas si tenemos ideas perfectamente claras. Hay colores que se parecen de tal manera que no se puede distinguirlos mediante la sola memoria, y, sin embargo, de vez en cuando se podrá distinguirlos, cuando estén puestos uno al lado del otro. Y cuando creamos haber descrito una planta a la perfección, siempre se podrá traer alguna de las Indias, que tendrá todo cuanto hemos citado en la descripción, y que, sin embargo, se mostrará de especie diferente: así, nunca podremos determinar por completo las *species infimas*, las últimas especies.

Filatetes. —Una *idea clara* es aquella que es percibida por el espíritu tal y como es, de forma plena y evidente, cuando la recibe de un objeto exterior, que opera adecuadamente sobre un órgano apto para ello; igualmente, una *idea distinta* es aquella en la cual el espíritu capta una diferencia que la distingue de cualquier otra idea; y una *idea confusa* es la que no puede distinguirse suficientemente de otra, de la cual debe ser diferente.

Teófilo. —De acuerdo con esa definición que dais de *idea distinta*, no veo medio de distinguirla de la *idea clara*. Por eso acostumbro seguir el lenguaje de Descartes, para el cual una idea puede ser clara y confusa al mismo tiempo, y así son, en efecto, las ideas de las cualidades sensibles, que afectan a los órganos, como el color o el calor. Son claras, pues se las reconoce y discierne fácilmente unas de otras, pero no son distintas, porque no se distingue lo que contienen. De manera que no es posible definir las: únicamente podemos conocerlas por medio de ejemplos, y del resto hay que decir que es un no sé qué, en tanto se descifre su contextura. De modo que aunque según nosotros las ideas distintas distinguen a un objeto de otro, en tanto las claras —pero confusas en sí mismas— también lo hacen, acordamos llamar *distintas* no a todas las que permiten distinguir o efectivamente distinguen los objetos, sino a las que están bien distinguidas, es decir, las que son distintas en sí mismas y distinguen en el objeto los índices que nos permiten conocerlas, lo cual proporciona su análisis o definición; de otro modo las denominamos *confusas*. En ese sentido, la confusión que impera en las ideas puede quedar exenta de reprobación, al ser una imperfección de nuestra naturaleza, pues no podemos discernir, por ejemplo, las causas de los olores y de los sabores, ni lo que implican dichas cualidades. Esta confusión, sin embargo, puede ser reprochable, cuando resulte importante y sea posible tener ideas distintas, como, por ejemplo, si yo tomase el oro de imitación por verdadero, por no haber hecho los necesarios ensayos, que hubiesen distinguido los indicios del oro de ley».

I. Kant, *Metaph. Pölitz*, AA XXVIII 229-230: «La sensibilidad es el aspecto pasivo de nuestra facultad cognitiva, en la medida en que somos afectados por los objetos. Pero lo intelectual es el aspecto espontáneo de nuestra facultad, en la medida en que nos conocemos a nosotros mismos, o bien apetecemos algo o tenemos complacencia o disgusto en algo. —La causa por la que Wolff y otros consideran a los conocimientos confusos sensibles es la siguiente: porque el conocimiento, antes de ser elaborado por el entendimiento, no tiene ninguna distinción, sino que es aún lógicamente confuso, es decir, no puede ser inteligido por conceptos. Pero estéticamente confuso es aquello que no puede ser captado con distinción por los sentidos. Allí donde el conocimiento es confuso no es la causa el hecho de que sea sensible, sino el que sea lógicamente confuso y que el entendimiento no lo haya elaborado aún. Todos los conocimientos que proceden de los sentidos son en un primer momento lógicamente confusos, cuando no han sido elaborados

aún por el entendimiento; pero no por esto, por ser aún confusos, son sensibles; más bien, cuando se derivan de los sentidos, siguen siendo sensibles con arreglo a su origen, aunque el entendimiento los elabore y se vuelvan distintos. Pues la distinción y la oscuridad son sólo formas que corresponden tanto a las representaciones sensibles cuanto a las intelectuales. Pero con arreglo a su origen son sensibles e intelectuales, ya sean distintas o confusas».

Anthrop. Collins (1772/73), AA XXV 31-32: «Las representaciones sensibles siguen siendo sensibles por siempre, aunque se sea consciente de ellas, y las intelectuales siguen siendo por siempre intelectuales, aunque ocurra lo contrario. La conciencia no debe confundirse con estas dos facultades».

Crítica de la Razón pura, «Nota a la Anfibia de los conceptos de reflexión», A 268/B 324ss. [trad. por M. Caimi]: «Permítaseme que al lugar que asignamos a un concepto, ya en la sensibilidad, ya en el entendimiento puro, lo llame *lugar trascendental*. De tal manera, el dictamen acerca de ese lugar que le corresponde a todo concepto según la diversidad de su uso, y la instrucción para determinar, según reglas, ese lugar a todo concepto sería la *tópica trascendental*; una doctrina que, al distinguir siempre a cuál potencia cognoscitiva pertenecen propiamente los conceptos, [nos] preservaría, con todo cuidado, de las subrepciones del entendimiento puro, y de los engaños que de allí surgen. [...]

Por falta de una tal tópica trascendental, y engañado, por tanto, por la anfibia de los conceptos de reflexión, el célebre Leibniz erigió un *sistema intelectual del mundo*, o más bien, creyó conocer la constitución interna de las cosas, al comparar todos los objetos solamente con el entendimiento y con los conceptos abstractos formales de su pensar. Nuestra tabla de los conceptos de reflexión nos procura la inesperada ventaja de poner a la vista, en todas sus partes, lo distintivo de su doctrina, y a la vez, el fundamento por el que se guía esta peculiar manera de pensar, el cual no se basa en nada más que en un malentendido. Él comparó todas las cosas unas con otras, sólo mediante conceptos; y no encontró, como era natural, otras diferencias entre ellas que aquellas por las cuales el entendimiento distingue unos de otros sus conceptos puros. A las condiciones de la intuición sensible, que llevan consigo sus propias diferencias, no las tuvo por originarias; pues la sensibilidad era para él solamente un modo de representación confuso, y no una fuente particular de representaciones; el fenómeno era para él la representación *de la cosa en sí misma*, aunque diferente, por su forma lógica, del conocimiento según el entendimiento, puesto que aquélla, por su habitual falta de disección, introduce en el concepto de la cosa cierta mezcla de representaciones accesorias que el entendimiento sabe apartar de él. En una palabra: **Leibniz** *intelectualizó* los fenómenos, tal como **Locke** había *sensificado* todos los conceptos del entendimiento según un sistema de *noogonía* (si se me permite servirme de esta expresión), es decir, los había considerado como conceptos de la reflexión, empíricos o abstractos. En lugar de buscar en el entendimiento y en la sensibilidad dos fuentes enteramente diferentes de representaciones, que sólo en *conexión* podrían juzgar acerca de cosas de manera objetivamente válida, cada uno de estos grandes hombres se atuvo solamente a una de las dos, la que, según la opinión de ellos, se refería inmediatamente a cosas en sí mismas, mientras que la otra no hacía nada más que confundir u ordenar las representaciones de la primera».